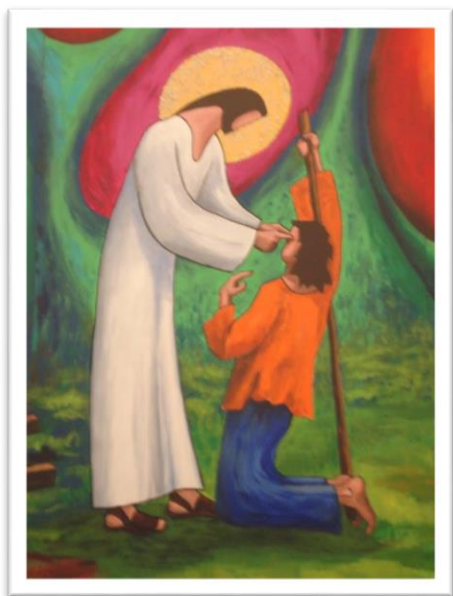


Tercer Tema

“Familia Misericordiada”



Rama de Familias de Schoenstatt



Objetivo:

- Acoger algunos aspectos de lo que el Papa nos dijo en el año de la Misericordia
- Descubrir las experiencias que hemos hecho en familia en relación a la misericordia
- ¿Cómo podemos llevar esas experiencias a la Iglesia y a nuestros lugares de trabajo para familiarizarlos?

Motivación.

Los invitamos a ver y escuchar el siguiente video.

<https://www.youtube.com/watch?v=7KRzIkPTaEM>

Al comenzar a preparar este material sobre la Familia no tenemos idea cuáles son las grandes voces mediante las que el Buen Padre Dios nos va a seguir hablando durante este año. Suponemos que sigue avanzando la vacunación contra el COVID19, que ya están elegidos los constituyentes que redactarán la futura Constitución, que siguen las promesas y acusaciones de lado y lado.

Es posible que hayan aparecido nuevos temas que hasta hace poco no estaban presente en la agenda nacional.

... y por medio de todas estas voces el Buen Padre Dios y la Mater nos siguen abriendo puertas, nos siguen desafiando e invitando a discernir y decidir, a llevar a la vida cotidiana y concreta las opciones he junto a ellos hemos ido tomando.

La Introducción a estas fichas incluyó un breve cuadro descriptivo de lo que estamos viviendo, de la invitación que nos hizo el Santo Padre con el año de la Familia y con el año de San José. Queremos ser instrumentos para los nuevos tiempos.

En esta ficha queremos escuchar la voz de la Iglesia, mirar nuestra vida y descubrir caminos sencillos y concretos para llevar al mundo lo que hemos experimentado y vivido en nuestras familias, especialmente en este tiempo de pandemia.

Queremos escuchar la voz de la Iglesia en nuestro Papa Francisco. Durante el Año de la Misericordia (8 de dic. de 2015 – 20 de nov. De 2016) el Papa Francisco abordó de diferentes perspectivas la Misericordia.

La familia, nuestras familias, están invitadas a ser el lugar donde aprendamos misericordia, el lugar donde experimentemos el ser misericordiosos por mi cónyuge, por

mis papás, por mis hermanos; aprender a regalar misericordia unos a otros, regalar la experiencia de un amor que quiere más allá de las miserias y del pecado, un amor que ama con y más allá de la miseria y el pecado personal.

Indudablemente esta invitación reconoce que siempre estamos en camino. Un estar permanentemente en proceso. Queremos mirar nuestra vida y nuestra historia descubriendo esos momentos en que la misericordia fue regalo y experiencia, esos momentos en que aparecía en mi boca y en mi corazón: “Gracias por la manera en que me acogiste, por la forma en que me escuchaste sin juzgarme, gracias porque cuando estaba en el suelo me levantaste, gracias porque en la forma en que me trataste hiciste que apareciera lo mejor de mí”.



Cuántas veces hemos sido nosotros los protagonistas de esta historia:

“Sucedió que un presidiario de Darlington, Inglaterra, que acababa de ser puesto en libertad, se cruzó con el alcalde John Morel en la calle. El hombre había pasado tres largos años en la cárcel por malversación de fondos y estaba sumamente susceptible por el ostracismo social que esperaba recibir por parte de la gente de su pueblo.

«¿Qué tal?», lo saludó el alcalde alegremente. «¡Qué gusto verlo! ¿Cómo le va?» El hombre parecía sentirse incómodo y la conversación terminó abruptamente.

Años más tarde, por lo visto el alcalde Morel y el ex presidiario volvieron a encontrarse por casualidad en otro pueblo, y este último le dijo: «Quiero agradecerle lo que hizo por mí cuando salí de la cárcel».

«¿Y qué fue lo que hice?», preguntó el alcalde.

«Fue muy amable conmigo y eso transformó mi vida», respondió agradecido el hombre. Pidamos al Señor que nos regale los ojos y el corazón adecuados para descubrir que eso no es “evidente”.

En otros momentos en nuestra historia personal y familiar hemos suplicado misericordia. Nos ha tocado ser la mamá o el hijo de esta historia con que se encontró Napoleón: “Se cuenta que un soldado del ejército imperial francés había desertado. Tras ser capturado, fue condenado a muerte. La desesperada madre pidió audiencia con Napoleón Bonaparte quien en vista de la gravedad del asunto se la concedió.

– Distinguido Napoleón, sé que mi hijo se ha equivocado y que su error se castiga con la muerte. ¡Él es lo único que tengo! Por favor, ¡te ruego que lo perdone!

– Mujer, tu hijo ha desertado huyendo del combate mientras que otros compañeros han dado la vida por su nación. Si concedo lo que me pides, la noticia correrá como reguero de pólvora. La moral del ejército caerá y otros empezarán a imitarlo. ¿O acaso piensas que todos van a la guerra por amor a la Patria?

– Excelentísimo Emperador, por favor, ¡te pido para él misericordia!

– Tu hijo no merece misericordia.

– Sí, es cierto –replicó la angustiada señora-, pero si la hubiera merecido no hubiera sido misericordia sino justicia, y yo he venido a pedirte misericordia.

Dice el relato que ante tan contundente argumento, el gran Napoleón se conmovió y perdonó al soldado.”

Nuestra historia se parece a estas historias...

Indudablemente estamos en un camino permanente de encuentro y desencuentro con el Señor y con los nuestros; un camino de permanente de desarrollo, de acercarse y perderse.

No queremos asustarnos ni sorprendernos si todavía no somos el “modelo final”, si no está todo conquistado. No queremos enredarnos, desanimarnos ni acostumbrarnos.

Queremos ver especialmente esos momentos en que mi cónyuge me pudo acoger, en que yo te pude acoger, en que pudimos acoger a nuestros hijos, papás, hermanos... ¿qué pasó, qué me/nos pasó que pudimos regalarnos esa experiencia?

Queremos pedirle al Señor y a la Mater que nos regalen los ojos adecuados para descubrir esas formas en que lo hemos vivido, esos caminos que podemos seguir haciendo para desarrollarla más profundamente, para acogernos no como algo debido sino con un corazón abierto, que quiere dar hogar al tú que el Señor puso en mi camino, que quiere experimentar el acogimiento en un corazón humano que me acompaña y que anhela ser acogido en el corazón de mi acompañante para que juntos podamos dar hogar a nuestros hijos, amigos...

Considerando la voz de la Iglesia y del Papa, la historia que el Señor ha hecho con nosotros y en nuestra familia, con sus logros y fallos, ver cómo podemos, de manera sencilla y concreta, llevar esas experiencias a nuestra familia, a nuestra familia ampliada, compañeros de trabajo, a nuestros jefes y subalternos para hacer de nuestro mundo una familia de la que nosotros somos protagonistas.

Reflexión matrimonial y como grupo.

Distribuir estos textos entre los diferentes matrimonios y buscar alguna experiencia que hayan tenido como matrimonio o familia que pueda ser compartido con el resto del grupo:

Homilía del Santo Padre a las familias (27.12.15)

http://www.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2015/documents/papa-francesco_20151227_omelia-santa-famiglia.html

Papa Francisco Audiencia Jubilar: Misericordia y misión (30.01.16)

<http://www.im.va/content/gdm/es/francesco/catechesi/2016-01-30Vaticanva.html>

Papa Francisco Audiencia General: el Jubileo en la Biblia. Justicia y compartir (10.02.16)

<http://www.iubilaeummisericordiae.va/content/gdm/es/francesco/catechesi/2016-02-10Vaticanva.html>

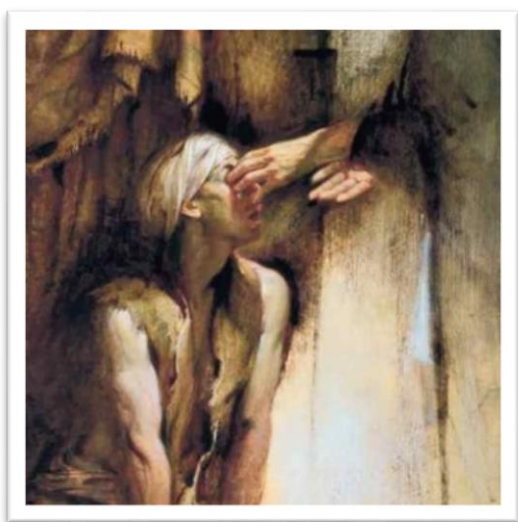
Papa Francisco Audiencia General: la Misericordia es luz (15.06.16)

http://www.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2016/documents/papa-francesco_20160615_udienza-generale.html

Luego compartir una y dos ideas principales junto con la experiencia que hayan tenido en relación al tema del texto leído.

Ver cómo podemos llevar esas realidades que han experimentado en sus familias a la Iglesia y al mundo.

Luces para iluminar nuestra reflexión grupal y familiar.



“Cuando hemos sido ofendidos o desilusionados, el perdón es posible y deseable, pero nadie dice que sea fácil. La verdad es que «la comunión familiar puede ser conservada y perfeccionada sólo con un gran espíritu de sacrificio. Exige, en efecto, una pronta y generosa disponibilidad de todos y cada uno a la comprensión, a la tolerancia, al perdón, a la reconciliación. Ninguna familia ignora que el egoísmo, el desacuerdo, las tensiones, los conflictos atacan con violencia y a veces hieren mortalmente la propia comunión: de aquí las múltiples y variadas formas de división en la vida familiar».

Hoy sabemos que para poder perdonar necesitamos pasar por la experiencia liberadora de comprendernos y perdonarnos

a nosotros mismos. Tantas veces nuestros errores, o la mirada crítica de las personas que amamos, nos han llevado a perder el cariño hacia nosotros mismos. Eso hace que terminemos guardándonos de los otros, escapando del afecto, llenándonos de temores en las relaciones interpersonales.

Entonces, poder culpar a otros se convierte en un falso alivio. Hace falta orar con la propia historia, aceptarse a sí mismo, saber convivir con las propias limitaciones, e incluso perdonarse, para poder tener esa misma actitud con los demás.

Pero esto supone la experiencia de ser perdonados por Dios, justificados gratuitamente y no por nuestros méritos. Fuimos alcanzados por un amor previo a toda obra nuestra, que siempre da una nueva oportunidad, promueve y estimula. Si aceptamos que el amor de Dios es incondicional, que el cariño del Padre no se debe comprar ni pagar, entonces podremos amar más allá de todo, perdonar a los demás aun cuando hayan sido injustos con nosotros. De otro modo, nuestra vida en familia dejará de ser un lugar de comprensión, acompañamiento y estímulo, y será un espacio de permanente tensión o de mutuo castigo”.

Exhortación Ap. : Amoris Laetitia.

Muchas veces pensamos que Dios se basa sólo en la parte buena y vencedora de nosotros, cuando en realidad la mayoría de sus designios se realizan a través y a pesar de nuestra debilidad.

Si esta es la perspectiva de la economía de la salvación, debemos aprender a aceptar nuestra debilidad con intensa ternura.

El Maligno nos hace mirar nuestra fragilidad con un juicio negativo, mientras que el Espíritu la saca a la luz con ternura. La ternura es el mejor modo para tocar lo que es frágil en nosotros. El dedo que señala y el juicio que hacemos de los demás son a menudo un signo de nuestra incapacidad para aceptar nuestra propia debilidad, nuestra propia fragilidad. Sólo la ternura nos salvará de la obra del Acusador (cf. Ap 12,10). Por esta razón es importante encontrarnos con la Misericordia de Dios, especialmente en el sacramento de la Reconciliación, teniendo una experiencia de verdad y ternura. Paradójicamente, incluso el Maligno puede decirnos la verdad, pero, si lo hace, es para condenarnos. Sabemos, sin embargo, que la Verdad que viene de Dios no nos condena, sino que nos acoge, nos abraza, nos sostiene, nos perdona. La Verdad siempre se nos presenta como el Padre misericordioso de la parábola (cf. Lc 15,11-32): viene a nuestro encuentro, nos devuelve la dignidad, nos pone nuevamente de pie, celebra con nosotros, porque «mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado»

CARTA APOSTÓLICA PATRIS CORDE DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Y el Padre Kantenich nos dice:

¿Qué quiere decir hoy día las palabras Dios Padre? ¿Existe un Dios personal? Y si existe puede ser Padre? ¿Quién me comprobará esto? ¿Lo he experimentado alguna vez en mi vida?. Ciertamente la gran desgracia del mundo actual tiene su origen en que el hombre contemporáneo casi se ha hecho creador del mundo. ¡qué no ha hecho del mundo aplicando la tecnología! No quiere ser Hijo de Dios sino ponerse a su lado. Y esto aún le es demasiado poco; quisiera ponerse encima de Dios, si es que existe!” (1966 a las familias)

